

En busca del padre perdido

Prohibido salir a la calle

CONSUELO TRIVIÑO ANZOLA

Sílaba, Medellín, 2012, 218 págs.

CLARA ES una niña inteligente y habladora. No hay quien la calle. Felisa dice que parece “una lora mojada”. Por eso no sorprende que nos cuente, con lujo de detalles, las cosas que acontecen en su vida. Al comienzo la noticia es la llegada de sus nuevos hermanitos, los gemelos Pacho y Pepe: “dos cositas pequeñas y graciosas, con los pelos muy negros y lisos, los ojos cerrados e hinchados, una mezcla de animalitos y humanos que se retorcián tapándose la boca con los puños siempre cerrados, pujando como perritos recién nacidos”.

La vida de la casa en La Laguna se trastorna con sus nuevos habitantes. Pacho y Pepe han venido a sumarse a Clara y Tomás. Ahora son cuatro los niños al cuidado de mamá, la abuela y Felisa. Aquel grupo ruidoso vive en un lugar idílico. En su condición de hermana mayor, Clara asume la tarea de enseñar a hablar. Cuando su hermano Tomás dice “Quero chocolate”, Clara se apresura a corregirlo. Intenta hacer hablar a los gemelos desde que tienen días de nacidos. Se siente frustrada porque la muñeca no repite lo que le pide que repita. Clara es también caprichosa y autoritaria. Suele andar entre los adultos para escucharles sus conversaciones. Se escapa de la casa a pesar de que está prohibido salir a la calle. Cuando discute con Felisa la deja encerrada en la cocina, le tranca la puerta por fuera, y se va a buscar animales en la tierra.

Justo después de una disputa de Clara con Felisa aparece la primera de muchas enumeraciones, uno de los dos rasgos distintivos de la novela. Clara juega con lombrices, observa ciempiés caminando en las baldosas, busca las tortugas entre las materas, caza bichos con antenas, “como escorpiones pequeños”. Aprendió a matar con los cucarrones que caían en el patio. Al principio no queda muy claro por qué esa voz narrativa –que se encoge para sonar como la edad que recuerda– se siente tan contenta enumerando.

Nos poníamos como locos mirando la vitrina y pidiéndole chicles, mentas, gomas, herpos, papas fritas.

En las primeras comuniones se regalaban cajitas de música, aretes, cadenas, piyameras en forma de muñeca –una bolsa con cremallera para meter la piyama–, juegos de tocador: cepillo, peinilla, espejo, juegos de mesa como *Hágase rico*, loterías, dominó o ajedrez, álbumes de fotografía donde decía *Recuerdo de mi primera comunión*, libros de cuento, etc.

La piedad del etcétera parece una ironía. En la Miscelánea Claudia vendían: “botones, cremalleras, hilos, cuadernos, tarjetas, bolígrafos, tinta, plumillas, papel de regalo, juguetes, dulces, porcelanas, etc.”. Pero al final del recorrido –cuando la novela se pone buena– se revela el sentido de tanta enumeración.

El segundo rasgo distintivo es el uso del imperfecto del indicativo, un tiempo verbal diseñado para describir en el pasado, pero no para narrar. El imperfecto se refiere a los hechos habituales y repetidos del pasado, a las rutinas y condiciones; no es un recurso útil para que las narraciones avancen. Después de Onetti nunca he visto un autor que lo utilizara tanto. Aquí el recurso es más predominante, pues el pretérito aparece solo cuando ocurre algo extraordinario: el traslado de la familia a Bogotá –donde la madre seguirá trabajando como maestra–, la aparición del padre que se había ido “con ropa y todo” antes del nacimiento de los gemelos, la compra de un televisor, la primera comunión de la protagonista, el robo de un reloj que le dieron de regalo, el día de la menarquia, la llegada de una familia a un lote vecino en ese barrio que toma forma bajo las vicisitudes del Frente Nacional.

Algunas veces él llegaba a las doce de la noche con un presente, carne adobada, tamal, en todo caso algo que comer, y despertaba a mamá. Por ser la mayor, siempre me levantaba a compartir. Ella hacía café y se sentaba a conversar, a la cama, niña, me decía con un gesto. Yo me cepillaba los dientes y me acostaba tranquila. ¡Dios mío! Ahora que lo pienso, fui muy feliz aquel año que llegó papá porque además pasaron cosas impor-

tantes en el mundo.

Una de las fuerzas que empujan a leer es la búsqueda de ese presente desde el que nos habla la narradora. Parece una voz adulta pero se confunde con la voz de la Clara evocada. Su lenguaje es rico, a veces adocenado, y en ocasiones suena falso en la boca de la niña que estamos observando. Escribir la infancia es una de las cosas más difíciles que hay en literatura. En Latinoamérica hay ejemplos notables: Clarice Lispector, Cortázar, algo de Cabrera Infante. *Prohibido salir a la calle* se lee sintiendo que toda la narración es un prolongado acto de ventriloquismo y uno quiere saber quién es la persona que de veras está hablando.

Sabemos que está recordando, pero no parece estar muy lejos de lo que cuenta. Poco a poco se revela que el motivo de su historia es rescatar la relación intermitente y dolorosa que tuvo con su padre. Lo demás son excusas, rodeos, subterfugios para no dejar demasiado al descubierto su tragedia. La relación de Clara con su padre empezó antes de que lo conociera. La novela registra el momento justo: cuando su hermano Tomás dijo la palabra “papá” y Clara sintió aquel vacío que jamás dejaría de acompañarla.

Cuando la familia se encuentra en Bogotá, el padre aparece de la nada, se instala haragán, se aprovecha de la debilidad de la madre para rechazarlo, apenas ayuda cuando quiere evitarse cantaleas. La historia de la familia gira en torno a ese rebelde de sofá, que quiere cambiar el mundo, hacerlo un lugar más justo, pero que no renuncia a aprovecharse de la mujer que lo ama. Para Clara, tomar partido no es difícil cuando ve al hombre risueño y generoso frente a la mujer gritona y llena de amargura. Incluso cuando el hombre se ha marchado –y no se sabe si regresará– sigue la cantalea: “Cuando papá no estaba, el problema era que no estaba. Cuando llegó, el problema era que estaba y que no hacía nada”. Como si eso fuera poco, cuando se encontraba ausente “estaba prohibido recordarlo”. Para la protagonista, la historia de la humanidad se mide según los ires y venires de su papá. Clara sabe exactamente cuándo fue la visita del Pontífice o el Congreso Eucarístico, porque ocurrieron el mismo año que llegó su

padre. Es natural que su herida más grande haya ocurrido la única vez que su padre se puso en su contra: “No hay cosa que me haya perturbado más que aquella falta asociada a la única vez que papá me dio un correazo. Que mamá me pellizcara y me diera una bofetada, casi me parecía normal, aunque odiara eso. Pero que papá me hubiese dado un correazo y además me humillara, era algo que no podía aceptar”. Tan grave fue el efecto del castigo, por lanzar una piedra a los vecinos, que Clara lloró “lágrimas de sangre”.

Felisa tenía razón. Clara tiene algo de lora mojada. Es una caja de resonancia en la que se repiten todas las voces de una Colombia a medio camino entre lo pueblerino y lo urbano. Está la televisión: *Los picapietra*, *Viaje a las estrellas*, *El Club del Clan*, *Perdidos en el espacio*, *El Topo Gigio*. Están la radionovela *Kalimán* y el programa de humor *Los Chaparrines*. Las tiras cómicas de los periódicos, en especial *El Fantasma* y su novia, Diana Palmer (en un capítulo atípico, Clara se confunde con los personajes de esa historia). Está toda la música que en nuestros estratificados tiempos, herederos de aquel tiempo, se conoce como “de planchar”. Si alguien quisiera hacer un estudio sociológico de la Colombia de los años sesenta, *Prohibido salir a la calle* sería un documento invaluable. Ese es uno de sus méritos como texto y, a la vez, una de sus limitaciones como literatura. Como las multitudes lectoras no frecuentan aguas profundas, suele ocurrir que las lecturas que más gustan son aquellas en las cuales la construcción social de la realidad se mira en el espejo y se reafirma. Muchos lectores miden el mérito de un libro según les resulten familiares las cosas de las que habla. Se sentirán reconocidos si aparece el Ponqué Ramo que comían cuando niños, las medias ye-ye, Óscar Golden, los *hippys* o los eslóganes de la publicidad (“Pony Malta, la bebida de los campeones”). Pero incluso estas concesiones se justifican al final: cuando la primera comunión de la protagonista desemboca en su primer y más profundo desarraigo.

En aquel tiempo, Clara empieza a ver brotar sus senos y tiene “terminantemente prohibido salir a la calle”. Ya la protagonista ha cambiado la habladera por su *Cuaderno de recuerdos* (una

costumbre que hereda de su madre). Ya ha renunciado al sueño de ser astronauta y empieza a resignarse a ejercer algún día la ocupación análoga de “antropóloga”. Tras la nutrida apoteosis de la primera comunión, el mundo se desmorona. Los esposos vuelven a pelear y el padre de Clara se marcha con su ropa. Clara comprende que esta vez el adiós es definitivo. El dolor de la niña es uno de los momentos mejor logrados del libro: es posible ver el alma de la lora. Pocos días después se descubre que la madre de Clara está de nuevo embarazada.

La novela termina cuando Clara es conducida a un internado. La niña acepta ese recurso de una familia que sigue creciendo y apenas sobrevive. Es ahí cuando la perspectiva del relato se revela. Ahí entendemos que las enumeraciones obsesivas son el inventario de un naufragio, que el uso del imperfecto del indicativo es un intento por preservar un pasado que ya no existe —la narradora repite que no quería que el tiempo transcurriera—, y entendemos que una mezcla de antropóloga y de socióloga mueve la mano que escribe. También, en ese momento, es evidente que el libro todo es una búsqueda del padre perdido. Dicen que el habla es un gesto que busca a la madre y que la escritura busca la atención del padre. *Prohibido salir a la calle* confirma esa opinión. Dejamos a la protagonista en una especie de celda, separada de todos, de su madre y sus hermanos, pero su padre es la persona en quien primero piensa al quedarse sola. Poco después de despedirse de su madre, apenas un instante después de verla “perdersse por el pasillo que conducía a la salida”, una Clara ya mujer empieza a pensar en escribirle muchas cartas a esa ausencia que es su padre. Este libro, en cierto modo, es la suma de esas cartas.

Gustavo Arango

State University of New York